

## EL ARQUERO Y EL ORFEBRE

Qué extraño el estado en el que nos deja la desaparición de los fuertes, de los indestructibles, de los que parecían –lo eran!– completamente seguros en la continuidad de su existencia. Desde estos parámetros se iniciaría una primera aproximación a lo que era, a como se mostraba **Baltasar Porcel**, el escritor –el orden de los factores altera el producto– primero leído y a partir del aprecio intelectual, bastante más tarde conocido. Puedo decir que el aprecio personal llegó también y fue inmediato –y creo, salvo que algún avatar por mi desconocido lo desmienta, cosa que me sorprendería porque **Porcel** no se solía molestar en urdir dobleces de este orden, que mútuo–, aunque nuestro trato estuvo siempre sazonado con imprevisibles velos de resonancias literarias, de la literatura de los personajes de las historias más que de sus autores.

Con **Porcel** con los dos pies ya en el estribo, pudiendo cerrar el expediente de su obra, aparece ante el lector el imponente monumento con todos los furores del claroscuro. Este autor nunca pretendió mecerse entre los algodones y las gasas del estilismo más o menos academizante con el que se pretende justificar tantas carreras literarias, pero por otro lado, pocos estuvieron tan alejados del simplismo inmediatista y vacío de los vendedores de subproductos. Visto el conjunto, incluso en los altibajos, incluso en los momentos en que el creador abandona el camino seguro y se debate entre elementos quizás impropios, con inciertos resultados, su obra tiene una apariencia general variopinta, llena de brusquedades y precipicios, fascinante como aquello donde convive lo improvisado con lo perfecto, lo inacabado con lo rotundo. ¿Esto está bien o mal? La obra de **Michelangelo** está regida por esos mismos parámetros, y hasta la de **Shakespeare** y la de **Goya** y la de **Beethoven**, y por supuesto las de **Tolstoi**, **Dostoievski** y **Faulkner**, también en ellos surge inesperado el lirismo en la cumbre.

Mención especial merece en la obra de **Porcel** lo oriental, en especial la cultura china que admiró y fagocitó donde le convino con el desparpajo de los inocentes, una cultura donde lo más fuerte, incluso lo brutal, no es antitético de lo más delicado, y que transplantada a Occidente, más allá de la *chinoiserie* que por supuesto no practicó **Porcel**, genera una *maniera* que muestra aplicado en primer lugar al estilo como lo directo y contundente llevado a las últimas consecuencias puede contener lo más sutil y quintaesenciado. Una lección que **Porcel** aplicó con éxito en sus obras maestras, las mayoritariamente reconocidas *Cavalls cap a la fosca*, *Les primaveres i les tardors* y *El cor del senglar*, pero también en otras que este cronista aprecia especialmente aunque no congreguen multitudes: *Els escorpins*, *Els argonautes* y los cuentos en general, sobre todo las *Cròniques d'atabalades navegacions*.

La disciplina del arquero es la misma que la del orfebre: acaso no requiere gran delicadeza el primero y gran fuerza el segundo? El junco y el diamante, el arco y la lira.

Fascinantes resultan, para acabar, los últimos artículos de **Porcel** en la prensa diaria, algunos resueltos como a hachazos, en el límite del anacoluto, podando partículas como si de un parodiador de los viejos textualistas –que tan escasas simpatías le merecían– se tratara, dejando al lector ante la duda de si está ante la cúspide expresiva de un gran autor, o ante la desesperación del descuido por el incontenible asalto del tiempo (o quizá, simplemente, por acortar un texto demasiado largo, operación burocrática que no merece la meticulosidad propia de los vulgares palaciegos de las letras). Cada cual sabe quién ha vencido este combate.

Miquel de Palol

Poeta